

CAPÍTULO 6

Un accidente terrible

A la mañana siguiente seguimos caminando a lo largo de la cresta. Yo iba delante de Simon. Para entonces yo estaba cansado de la montaña. Quería bajar lo más rápido posible.



Muchas veces, la nieve desaparecía bajo mis pies y me caía en grietas. Por suerte, ninguna de las grietas era muy profunda. Pero las caídas me preocupaban. La última fue la peor. Me caí a través de la nieve y pude ver toda la pared oeste debajo de mí.

«Qué estúpido» —pensé—. «Caminaba sobre la nieve sin nada debajo». Le grité a Simon y le dije que fuera hacia la parte segura de la cresta.

Continué. A cada minuto estaba más enfadado y de peor humor. Caminé sobre una pequeña montañita de nieve. La cresta volvía a ser plana del otro lado. Caminé hacia abajo unos metros. Luego, paré de repente. Miré hacia abajo. Estaba parado encima de un precipicio de hielo. La cresta estaba como diez metros debajo de mí. Me di la vuelta. Simon estaba detrás de la montañita de nieve. Comencé a bajar por el acantilado de hielo. Usé mis dos picos e intenté clavarlos con fuerza contra la pared. Todavía estaba cerca de la cima del acantilado cuando uno de mis picos hizo un ruido raro. Lo saqué del acantilado. Después levanté el brazo para clavarlo otra vez. De repente, el otro pico se salió de la pared y me caí. Un segundo después, mi rodilla chocó contra la pared de hielo y grité de dolor.

El dolor parecía durar mucho tiempo. «Si me he roto la pierna, estoy muerto» —pensé—. Todo el mundo lo decía... «Si solo sois dos personas, una pierna rota puede significar la muerte». Cuando el dolor fue a menos, intenté mover la pierna pero grité otra vez: me la había roto.

Miré a mi alrededor. Todavía estábamos sobre los 6000 metros y no podría escalar con una pierna rota. Simon me iba a dejar. No tenía opción. Lo pensé. ¡Abandonado aquí! ¡Solo! La idea me asustó. Quería gritar, pero sabía que debía permanecer tranquilo.

Joe desapareció detrás de un montón de nieve en la cresta. Un momento después, la soga se soltó. Significaba que Joe se había parado. Esperé. Estaba contento de descansar. Cuando la soga volvió a moverse, seguí caminando. De repente la soga me tiró hacia delante. Clavé los picos en la nieve y conseguí detenerme. Sabía que Joe se había caído. Esperé. Cuando no sentí más peso en la soga supe que Joe ya no estaba allí. Avancé caminando

para ver qué había pasado.

Llegué al final del acantilado y miré hacia abajo. Joe me dijo muy tranquilamente que se había roto la pierna. Había algo terrible en su mirada.

No quería pensar en lo que significaba su accidente. Puse una barra de metal en la nieve y uní la soga a ella. Después, bajé a buscar a Joe. Podía ver que su pierna estaba rota. Le di unos medicamentos para el dolor, pero no creo que ayudaran mucho. En ese momento, yo quería ser egoísta. Sabía que sería más fácil irme y cuidar de mí mismo. Intenté tirar la soga hacia abajo. No pude. Debía subir hacia arriba del acantilado y buscarla. La subida hasta arriba del acantilado era la subida más peligrosa que jamás hubiera hecho. Estuve a punto de caerme varias veces. Pero al menos dejé de pensar en el accidente de Joe.

Llegué a la cima del acantilado y solté la soga. Me llevé una sorpresa cuando miré hacia abajo del acantilado. Joe iba hacia abajo, cada vez más lejos del acantilado. Saltaba lentamente sobre su pierna sana y pude ver que sentía mucho dolor. Entonces supe que nunca podría dejar a Joe cuando él luchaba tan valientemente. Debía hacer todo lo posible para sacarnos a los dos de la montaña.